

In sixty-nine I was twenty-one, and I called the road my own.
 I don't know when that road turned into the road I'm on.
 Running on, running on empty.¹

JACKSON BROWN.
 Running on empty

Al alocado sujeto (aquel que nos traerá de cabeza durante un buen rato) a quien de momento no vamos a dar nombre, le parecía que ocho lustros bien pesados daban para mucho... Daban para que su hijo estuviera ya rondando la cuarentena. Lo tuvo pronto, aunque eso no fuera para nada mérito suyo.

Dichosos sesenta; la época “feliz” de una generación en rebeldía, obsesionada por romper en añicos el código de comportamiento burgués convertido en tótem autoritario...

—Estoy embarazada —dijo la otra, un cálido día de otoño en la terraza de uno de los hoteles de su padre, en el promontorio de Sant Roc de Calella de Palafrugell...

—¿Y qué quieres hacer? —le contestó él, deseando oír “abortar”...

—Casarme.

Él no tenía veintidós años; ella, uno menos. Dos meses atrás, riéndose de la tradición que daba por sentado que si eras capaz de hacer entrar una moneda por la estrecha boca del aljibe del faro de San Sebastián (echándola hacia atrás sin mirar) te ibas a casar antes de tres meses, él había sido el único del grupo que lo logró. Y tres meses después, como la maldición dictaba, se casaban en la abadía de Montserrat por

1. “En el sesenta y nueve tenía veintiún años y decía que la carretera era mía. No sé cuándo esa carretera desembocó en la que estoy ahora, sin combustible en el tanque.” Sin combustible en el tanque.

el rito católico, como la condena promulgaba también: ella, con dos meses de barriguita. El niño nacería “sietemesino”, aunque con tres kilos y medio de peso.

El día en que el infante naciera, nuestro protagonista lloraría abrumado por la tontería que le había llevado a hacer lo peor de todo cuanto podía haber hecho: traer otra vida al mundo. Más execrable aun que haber pirateado al abuelo del recién nacido; al fin y al cabo, siempre quedará la duda de si el abuelo optó por dejarse saquear... De todos es sabido que la bondad de los abuelos —y su capacidad de equivocarse— es un pozo mucho más hondo que el aljibe del faro de San Sebastián.

*

Del alpha al omega, la larga lista de raterías y no tan raterías: cabe expurgar la memoria, se dijo.

Difícil desde la altura de su más de medio siglo largo de existencia; pero no imposible. Presentarse a uno mismo sus impulsos, sus transgresiones. Reconocer que los adultos empezamos a cometer nuestros errores del futuro siendo niños.

La propiedad es un robo: benditos sean Proudhon y los anarquistas... Y el acreditado sistema de la sustracción, ¿qué es? ¿Un modo de acceder a la propiedad?...

La primera vez le debió de resultar una atracción irrefrenable. Es la única explicación posible: un avión de madera con la desarmada espoleta de una bomba de la guerra civil empotrada en el morro para simular un motor, en casa de unos vecinos. Un juguete primitivo, diferente, inocente (un avión que no puede volar), en una época de escasos juegos e inocencias.

El juguete favorito de aquel niño... Con sólo un defecto, pero grande: que no era suyo... Sabiendo que estaba mal lo que hacía, escondiéndolo y escondiéndose. Inútilmente, hay que decir, porque nada más regresar a casa su madre lo descubrió y le obligó a devolverlo. “Mi madre se ha llevado una revista para leer”, dijo para cubrir su vergüenza mientras se lo tendía a un colega de su misma edad, el propietario de aquella maravilla.

Cosas básicas; aunque a su corta edad lo ignorase, acababa de descubrir el entramado básico del trabajo policial: la

delación, el “arrepentimiento”. Su madre, claro está, se enfadó al saberlo; y esto, al menos, sí que pudo entenderlo nuestro pequeño hombre.

Los lápices de colores del hijo de un escribano Porcoles, que aún no es alcalde de ciudad condal alguna. Como corresponde a un personaje de tanta categoría, una preciosa caja con docenas de lápices de colores Alpine, enorme, irresistible, arrebatadora. Algo sí que había aprendido entretanto; escondió la caja en el hueco debajo de la escalera, donde tiraban la pobre basura de un colegio de la posguerra: serrín y mondaduras de naranja. Unos pocos lápices los guardó en el fondo de la cartera mochila. Gran revuelo en la clase, registro general. Los lápices, quizá con ayuda de la consideración de un buen maestro, parecieron —ante su sorpresa— no ser detectados. Al cabo de un tiempo alguien descubrió la caja y el asunto se olvidó.

Antes de la primera comunión, aterrado por la perspectiva tétricamente formulada del sacrilegio, ante el Padre Superior del colegio sugirió que quizá él había tenido algo que ver con el problema de los lápices, sin que la seguridad del secreto de confesión lo tranquilizase del todo ni le hiciera reconocer explícitamente nada.

En cualquier caso, con una mezcla de sorpresa y espanto, descubrió que el sacrilegio no fulminaba en el acto, tal y como le habían predicado.

“¡Baje el pirata, que llaman!”, según decía que escribió José de Espronceda un condiscípulo suyo de la época, sea dicho de paso bastante analfabeto... Que entre el dinero, la gran conspiración, el gran engaño, la gran estafa, como han denunciado algunos que no vienen en Las mil mejores poesías de la lengua castellana.

Rollos de cien unidades de monedas de una peseta con la efigie del general Franco, como corresponde a la época, cuidadosamente envueltos en papel de estraza por su padre, que los guarda bajo llave en un cajón de su despacho. Un día, a nuestro hombre se le ocurre que por el sencillo sistema de extraer el cajón superior que no está cerrado, el tesoro está indefenso. Antes, para todo esto había una explicación: un demonio pequeñito se ponía cerca de la oreja (los ángeles no

solían aventurarse por ahí) y te lo sugería; uno ponía el resto... Primero un rollo solo. El placer del consumismo. Comprar.

¿Comprar el qué? En la paupérrima España de la autarquía impuesta por la Segunda Guerra Mundial, una época tan carente de cosas superfluas... Recuerda ahora los dibujos de un compañero, hábil reproductor de los personajes de Walt Disney, resuena aún en su alma el inmenso descubrimiento que le supuso darse cuenta de que el dinero lo puede todo, lo suple todo. Puede incluso comprar el arte... Tras varias ventas, aquel compañero decidió que era más prudente no continuar malbaratando su obra, al descubrirse en sí mismo una vocación sacerdotal.

Más tarde, a medias con otro camarada más lanzado (y muy bien conectado con Andorra), será un ejemplar de Paris-Hollywood, como Playboy pero a lo bestia..., desnudos de viudas y huérfanas de guerra sobre papel más cercano al de estraza que al couché. Lo escondió debajo de la tarima del cura pensando que era un buen sitio, que el cura nunca iba a mirar ahí. El cura miró y ellos dos se quedaron sin chocolate para el loro.

La abundancia (?) y el fácil acceso tientan. Un pobre y triste negocio de venta de chucherías a los niños: el cacahuero, porque vende cacahuetes en la plaza mayor de su pueblo. Allí acudió a repostar su gozo. Una, dos, varias veces. Hasta que una tía suya lo observó desde su balcón —en los pueblos, y más en aquella época, no hay gran cosa que hacer salvo espiar entre visillos a los demás— y preguntó a su hermana, la madre:

—¿No decías que tu hijo jamás ha esperado una paga semanal, que nunca te ha pedido que le compres chucherías?...

Y el desastre.

—¿De dónde has sacado el dinero para comprar golosinas? —le preguntó su madre.

Se quedó tan aterrorizado ante el hecho de que se acababa de descubrir su fechoría que, triste es decirlo, pensó que hasta la traición era mejor que aquello; optó por la vía menos honorable: acusar falsamente (es lo que tiene la tortura) al pobre chico de su edad, vástago de un honrado y digno emigrante andaluz —gorra de visera, traje de gruesa pana negra, faja en la que guardaba un viejo reloj de plata—, a quien su padre empleaba en la granja familiar como cuidador del ga-

nado. Convocado el progenitor del niño, el hombre interrogó a su pequeño.

Quien, con toda la razón del mundo, lo negó todo. Un par de sonoras bofetadas delante de todos y el chico continuó cerrado en banda.

Finalmente, para que no lo abofeteara más, nuestro héroe confesó, y el aliviado padre se fue con su dignidad intacta, llevándose consigo a su hijo. Aún hoy, más de medio siglo después, con el incidente probablemente borrado de la memoria del hombre que fue aquel niño, se acuerda de todo cada vez que el azar —suponiendo que el azar exista— hace que sus caminos se crucen. Francisco Alarcón, dice que se llamaba, y como homenaje ya inútil en el tiempo sólo se le ocurre decir que si pinchas el nombre en la red, Google te da tres cuartos de un millón de páginas en dos décimas de segundo; revisadas todas y cada una de ellas, resulta que ninguna menciona que aquel chaval siempre fue inocente. Para rehabilitarlo, tendrá que ser suficiente ésta...

Ese día el protagonista conoció el miedo, más que justificado, a no olvidar jamás.

Sus padres continuaron ejerciendo de padres: probablemente perplejos; desorientados, con toda seguridad. Después de los de sus padres, los ahorros de su hermana, escondidos en el armario. Ahí fue donde aprendió a fijarse en los mecanismos complejos: cerraduras y llaves; como se entretendría haciendo, por ejemplo, el cerrajero amateur Luís XVI antes de que lo decapitaran. Y donde conoció el placer malsano de lo prohibido: hurgar, mirar en las cosas ajenas. También aprendió a acallar el clamor de la injusticia, porque su hermana era una de los suyos, sin paliativo; y el hecho de que tuviera los ahorros tan escondidos la asimilaba a él.

Se lo gastó en invitar a niñas de su corta edad en los autos de choque. Por primera vez conoció la vorágine, el carrusel del dinero aparentemente sin fin. Aunque, claro, tenía mala conciencia y estaba preocupado por lo que ocurriría cuando su hermana lo descubriera,² porque la triste realidad era que

2. Aunque, como reza el programa político del Frente de Liberación Negrófila (FLN), "cuando las ganas de joder aprietan, ni los vivos ni los muertos se respetan."

en aquel escondite había muy poco dinero; eran tiempos en que en ningún rincón del país había mucho de nada, salvo Tedeums y funciones religiosas... De esto, a tutiplén...

Había que ir un grado más arriba, buscar una víctima mejor; el instinto estaba ahí, lo que no había eran oportunidades. Por esto estaba psicológicamente preparado cuando la ocasión se presentó.

Un aplec, una fiesta: la de "Bon Repòs", delante de la sierra del Bou Mort, en el Pallars Jussà. Debió de ser un sitio extraordinario para que los monjes premostratenses le dieran un nombre así. En aquel entonces, tras su desamortización, un siglo de incuria y una guerra que ahí —en territorio de "maquis"— aún no había acabado, era un lugar desolado, sin electricidad y apenas con agua, en cuya ermita, al rebufo del aire de los tiempos, la autoridad había hecho instalar una reluciente imagen nueva de la virgen, tallada al gusto románico. El aplec servía de excusa para que la gente, ávida de fiesta y encuentros, saliera un día al año de su espeluznante rutina. Y él, como hijo de la autoridad, uno de los dos monaguillos, pasó el plato de la colecta. El espíritu festivo propició que abundasen los billetes de cien pesetas, uno de los dos billetes de denominación superior de la época.

La tentación surgió, fuerte, turbadora. A duras penas la resistió durante el oficio: "Es muy fuerte eso de hurtarle a la Iglesia", pensaba. "Es todopoderosa". (No se había enterado aún de que "quien roba a un ladrón", etcétera. Y, sobre todo, le era imposible imaginar cómo podían ser cien años de perdón...). Terminada la misa, alejado el público, con sólo los altos cargos provinciales en el interior de la pequeña capilla y su colega, el otro monaguillo, comiendo a hurtadillas las hostias que habían sobrado, descubrió que un niño era invisible y el sueño se hizo realidad. No mucho, quizá dos o tres billetes: toda una fortuna para los años que corrían.

Demasiada: su madre lo descubrió al poco tiempo y se lo hizo devolver al mísero párroco de San Salvador de Toló, con una carta en donde obligó a nuestro hombre a contárselo todo al cura. Debe suponerse que el pobre siervo de Dios no supo nunca qué hacer con tan extraña confesión epistolar,

acompañada de un giro postal. Como se debe confiar en que diera a nuestro miserable pecador la absolución in extremis.

Con más cuidado; eso es lo que le estaba enseñando la experiencia, y en un oficio tan exigente como el de forajido, la experiencia, al parecer, es un grado. La siguiente vez ya no lo atraparon. Un comerciante volvió del mercado semanal del pueblo con la recaudación, creyó el buen factor, a salvo dentro de una caja en la cabina de su camión. Mientras, confiado, estaba comprándole a su padre los productos que revendería luego, él aprovechó para aligerarlo. Es posible que no lo descubriera; lo que sí es cierto es que en posteriores visitas no dejó la posibilidad de que sucediese de nuevo.

En todo caso el problema ahora era otro: cómo guardar el dinero y las cosas que ese dinero compraba, fuera del alcance de la curiosidad de su madre.

La solución: en campo abierto, debajo de una piedra. Ahí lo dejaba por la tarde al volver de la escuela, ahí lo recogía a la mañana siguiente.

Un día, el botín no estaba. ¡No estaba!... Tuvo ganas de levantar la piedra de nuevo para comprobar que sus ojos no le habían engañado, pero lo había visto perfectamente: el botín se había esfumado...

¡Ah, sí, antes de continuar!... Ese día conoció cómo se sentían los demás cuando él los colocaba en aquella misma situación en que ahora se encontraba.

El miedo a que hubiera sido su madre quien lo hubiera descubierto. La espera. No, no había sido; "tú no eres el único cuatrero en el mundo", acabó diciéndose.

Su madre hizo siempre cuanto pudo:

—Mira, que mi hijo viene a devolverte los tebeos que se ha llevado de tu tienda, sin que tú te dieras cuenta —Dicho a la librería del pueblo.

Es de suponer que en su afán de enderezarle la vida, la pobre mujer no se diera cuenta de que la vergüenza ya estaba ahí, sólo que nuestro hombrecito ya había aprendido a superarla sin ayuda de ningún psicólogo argentino. Él solito... Con un par, como se dice.

Poco tiempo después, sus padres decidieron que, de alguna manera, el mundo rural que lo rodeaba y él eran incompatibles

y aterrizó en el número 6 del Paseo de la Bonanova barcelonés, cuarto curso de Bachillerato, con una docena de tiernos años.

La Salle Bonanova, una de las tres escuelas de elite de la capital catalana, con muchos cachorros de la alta burguesía: Xavier Vandaló, futuro conde de Vandaló, en la vanguardia de la clase. “¡Ostras!, ¿vas a decirme que éste es el próximo rey de España?”, oyó decir un día a un compañero de curso que no tenía muy claro quién era el Conde de Barcelona.

El 4º B, el suyo, tenía una peculiaridad: su profesor encargado de curso (de cuyo nombre no debería acordarse) se llamaba Timoteo y había nacido en Mollerussa, la capital del Pla d’Urgell que más adelante daría al mundo casi simultáneamente Teresa Gené y María Lapiedra, primera virgen consagrada oficialmente por el obispo de Solsona y afamada estrella del cine porno, al respective.

El Hermano Timoteo era joven, atlético y musculoso; no era pedófilo, pero tampoco era pediatra... Era “descendiente” (por rama colateral, se entiende) del Hermano Jaime Hilario, protagonista de un suceso muy comentado en Tarragona, cuando la fase comecuras de la revolución de 1936. Fue descrita en un libro, *Balas reverentes*, de lectura obligada en aquella época. Cuando lo fusilaron, hubo que repetirlo tres veces porque en las dos primeras las balas se apartaron deferentemente, antes de que (una vez constatado el milagro) segaran finalmente la vida del desdichado reo. No sabe cómo, en años posteriores, nuestro protagonista se enteró de que los anarquistas encargados de la ejecución previamente se emborracharon mucho; un detalle que sí que recuerda que no aparecía en el libro.

El Hermano Timoteo a su libre albedrío repartía entre los alumnos unos cartoncitos de distintos colores y valores, que el bienaventurado fraile llamaba “puntos”. Y había puntos “buenos” y puntos “malos”, que se tenían que abonar o adeudar si no disponías de puntos “buenos” en el momento de ser multado. La gran conspiración, la gran estafa, el gran engaño. Igual se ha dicho ya...

Además, por si fuera poco, los puntos servían para mejorar las notas a razón de una tarifa establecida: tantos puntos por cada unidad, hasta llegar a 10, la puntuación máxima. Del

cero al infinito sólo por tener suficientes puntos... Puede que parezca mentira.

Pero es que el franquismo, por si hay alguien que todavía lo ignora, fue una época repugnante en lo moral (doble o nada), lo intelectual (mal de tontos, remedio de muchos) e incluso en lo gastronómico (poco pan y circo malo: a falta de pan, gran surtido de hostias). La apoteosis del provincianismo: sordidez, hipocresía, tufo a sotanas color ala de mosca y prohibición y censura por todas partes...

Vaya que si lo sabe nuestro personaje... A él le tocó ser el niño que se tomó en serio el cuento de Andersen, el inocente que osó decir en público lo que todos veían, aunque no se atrevieran a formularlo: que el vistoso uniforme militar no ocultaba al orondo rey lirondo y que el caudillo la tenía pequeña...

Primero fue observar que el cajón en donde el Hermano Timoteo guardaba los preciados puntos se abría con la misma llave que el armario de su hermana, allá en la casa del alejado campo.

Luego, esperar hasta las vacaciones de Navidad y hacer "desaparecer" una de esas llaves. Después, la adrenalina.

Y en El nacimiento de la tragedia debió de haber la conciencia de que lo mejor y lo más brillante de cuanto el hombre puede adquirir debe obtenerlo mediante el delito, aunque entonces a aquel chico le fuese imposible saberlo; como a tantos otros, a Nietzsche sólo se le nombraba para calumniarlo.

Ahora, transcurrido tanto tiempo, se hace difícil explicar cómo pudo durar la cosa ni siquiera un sólo día. No ya que el atrevido mozalbete pudiera abrir el cajón de la mesa situada encima de una tarima sin que le descubrieran, en una clase con grandes ventanas acristaladas que daban a un pasillo por donde deambulaba gente a todas horas, sino ya que "el banco emisor" no detectase que había en circulación más moneda de la que se emitía.

Porque fue tan poco parco en el uso y los errores fueron tan infantiles que, vistos ahora, dan risa. El día, pongamos por ejemplo, en que presentó para su redención un punto de 50 unidades, de los que raramente se adjudicaban más de uno o

dos en todo el año (si es que se hacía) y que por esto eran míticos, algo de lo que sólo se había oído hablar: el valor al portador fue rehusado... ¡Rehusado, que no confiscado!... Sin ninguna explicación, pero tampoco sin hacer preguntas ni provocar consecuencias.

Hizo falta la intervención del señor conde.

El noble cachorro necesitaba puntos para pagar al banquero y no tener que venir castigado el domingo siguiente; escoltado por sus ayudas de cámara, Enrique Vidal-Paz de Electrofil y Miguel Simó de Colmados Simó, vino a proponerle algo:

—Es que tengo una fiesta preparada para unas niñas —dijo— Mira, ¡te los compro! —nuestro protagonista, ante una proposición así, se los regaló. Y el otro, faltaría más, puso tamaño profanación en conocimiento de la autoridad monetaria... Con lo cual finalmente, el cerco se cerró.

Aún ahora no sabe decir si fue una trampa que se tendió con delicadeza. O quizá a la vista de lo que iba a suceder en el curso siguiente sí que lo entiende: probablemente intentaron darle un aviso.

En todo caso, se tocó a zafarrancho general, hubo una inaudita interrupción de la rutina diaria: un registro por grupos, aparentemente elegidos al azar, entre los que siempre se encontró él.

Se buscaban llaves y la que concretamente querían estaba en su zapato.

Al quedar sólo tres niños en el último grupo, se procedió a registrar el calzado.

Con un contorsionado movimiento de manos cuando le pidieron que sacudiera el zapato encima de la tarima, evitó de milagro que la llave cayera.

No lo sabía (el chico de nuestra historia siempre tuvo más valor que caletre), pero con ese gesto venía de tácitamente admitirlo todo. Era casi fin de curso; también éste pudo ser un factor para que, sorprendentemente, no sucediera nada ni se volviese a hablar del asunto, salvo para anunciar que los puntos de marras pasaban a ser papel mojado.

El último día de curso aprovechó el desorden para quedarse con la copa de campeón de fútbol de uno de los componentes del equipo vencedor.

Sustrajo la gloria, se la llevó a su casa y pretendió que era suya.

Al curso siguiente, gran novedad. Los internos ya no dormirían en un dormitorio colectivo; los mayores tendrían cuarto individual, sin cerradura en la puerta. Un día, el azar quiso que le mandasen a buscar una colección de postales al almacén, para utilizarlas en el curso de Historia del Arte.

La emoción. Duchamp, con su desnudo descendiendo una escalera. Las bizarrerías cúbicas de Picasso y Bracque, las locuras del Bosco. Irresistible.

Al devolverlas arrancó unas cuantas del álbum en que estaban pegadas y se las guardó en un bolsillo. Cada noche le esperaban en su cuarto, como a un coleccionista sus tesoros. Desgraciadamente no podía evitar hablar de ellas y el Hermano Profesor le pidió que se las enseñase...

—¿No serán postales de tías en cueros, lo que dicen que tienes?

Parecía que la providencia se empeñara en mandarle señales que él no podía oír. No se las enseñó... Empezó a merodear por las habitaciones de los demás, cuando los demás no estaban en ellas. Una camisa aquí, una corbata allí, las quejas se multiplicaron y lo robado se acumuló en una desvencijada maleta de cartón debajo de su cama.

Un día, el Hermano Prefecto lo llamó e hizo que bajase a su despacho.

Allí le esperaba la maleta.

—¿Qué es todo esto?

—¡No lo sé!

Una sonora bofetada y todo se acabó. Expulsado del paraíso.

—¿Por quién te crees que iba cuando pasé a principio del curso por la clase a advertir que echaría al que cogiera hurtando, aunque fuera el primero de la clase, aunque fuera matrícula de honor?

¿De qué "honor" estaría hablando el hombre de Dios? Por absurdo que parezca, a aquel niño le resultó un alivio que cesase la sensación de tener patente de corso, bula de impunidad...

*

En el largo viaje de vuelta a casa, su padre no abrió la boca.

Él, tampoco.

Al día siguiente, su progenitor habló por primera vez y le dijo que, como no sabía aprovechar la ocasión de estudiar en un colegio de relumbrón, tendría que aprender lo que era trabajar: le unió a la cuadrilla de hombres que sudaban la gota gorda en su tierra. De sol a sol, como mandaban los tiempos. Menos mal que era invierno y el sol se ponía temprano. Al final de la jornada del primer día apareció su padre y preguntó al capataz por el montón de leña que se suponía que su hijo había recogido para ganarse el jornal. Con el dedo, el capataz apuntó a un montón sensiblemente más pequeño que los demás. Casi agradeció la bofetada que le propinó su padre delante de todos sus peones.

La expulsión había coincidido con las vacaciones de Navidad. Había tiempo para muchas cosas.

Para la primera visita a un chamán, por ejemplo: el doctor Oliver Brachfeld, un buen profesional y encargado además de verter a Lajos Zilahy del húngaro al castellano... No recuerda gran cosa, el psiquiatra le hizo describir verbalmente La rendición de Breda, el cuadro de Velázquez. Delante de él y basándose en la perorata que acaba de hacer, le dijo a su padre:

—No es cleptómano... Es un niño maníaco-depresivo.

Recomendó que para poner fin a la desventurada tendencia del atolondrado chaval a perder la chaveta por lo primero que le hiciera carantoñas, alguien (una avezada hetera asaltacunas, hay que suponer) le dijera: Chéri, lo sensato es enamorarse de la última...

Su padre miró al traductor de Primavera mortal como si estuviese viendo al mismísimo capitán de la stultifera navis; cogió a nuestro hombrecito de la mano, y se fueron...

¿A dónde se fueron? A la consulta de otro hechicero, el doctor Irazoqui, padre de Enrique, el educado chico barcelonés y viril macho hispánico que en las calles de Roma casi rechazó con malos modos a un italiano gay dispuesto a convertirlo en "Jesús" en El Evangelio según Mateo (y según Pasolini)...

No sabe qué dijo porque el loquero de guardia le hizo salir del despacho para hablar con su padre a solas. Recomendó tratamiento, al parecer.

En el autobús de vuelta al pueblo, su padre finalmente habló:

—Mira, un tratamiento de este tipo es muy caro y también hay otra manera: encomendarse a Dios para que le fortalezca la voluntad a uno —y ya no pronunció más palabras hasta que estuvieron en casa.

—Ven —le dijo antes de irse a dormir—, vamos a pedirle juntos a Dios que te ayude. —y vio a su padre ponerse de rodillas para hablar con Dios.

Esperó fervientemente que Dios lo oyera.

Al domingo siguiente lo que se preguntó fue si su padre no habría oído a Dios y si lo que Dios le había dicho no sería lo mismo que le dijo a Abraham. Le había pedido que lo acompañase a cazar; era mediodía y en las faldas del Montroig, bajo la ermita de Montalegre, estaban comiendo un bocadillo, uno frente al otro, sentados sobre dos piedras. De repente, horrorizado vio cómo su padre levantaba lentamente la escopeta del calibre 12, le decía “no te muevas” y apuntaba en su dirección. Cerró los ojos; antes de que pudiera oír el estruendo e instintivamente darse cuenta de que el pater familias había disparado y que él aún estaba vivo, sólo fue capaz de pensar en Mateo Falcone. Pensó que si en la literatura un padre mata a su hijo porque lo ha traicionado, en la vida real también podía ser así. El que, tras el disparo, el perro empezara a aullar y quejarse de los perdigones que había recibido en sus cuartos traseros, sólo le hizo creer que aquello únicamente alteraba el orden de las cosas, que primero el perro; no fuera a ser que Dios se arrepintiera a última hora y se contentase con el sacrificio de un can.

Hasta que escuchó las lamentaciones de su padre por haberle dado al perro. Entonces finalmente volvió a abrir los ojos y vio al despavorido conejo (y un instante antes, temerario figón) que triscaba monte abajo, inconsciente de la suerte que había tenido...

¿Qué diantres estaría haciendo un doncel de doce años leyendo a Próspero Mérimée? Son cosas que tendrían que estar prohibidas...

Los que sí oyeron a su padre fueron los Hermanos de la Doctrina Cristiana (qué buenos son los Hermanos que nos llevan de excursión): tras deliberar con sus colegas de La Salle Bonanova hasta la segunda semana de enero, le pidieron que llevara a hijo y maleta al colegio de la Imperial Tarraco.

Su padre lo dejó ahí y se fue. Y a él lo añadieron a una clase de desconocidos, a mitad de curso. Se preguntó si la marca de Caín era tan visible como dice la Biblia, si también a él iba a protegerlo, si todo el mundo sabía el porqué de una anomalía así.

Durante unos años, hasta que pudo concluir el bachillerato sin que lo expulsasen otra vez —a punto estuvieron de hacerlo: en clase de francés (nada menos) lo atraparon leyendo a Françoise Sagan... Bonjour Tristesse!—, sólo lo desvalijaron a él; él no sisó a nadie. Le dio por ahí.

Vino la recompensa: una beca del American Field Service para el año final de escuela secundaria en Estados Unidos; el este y el oeste del edén, un nuevo comienzo: todo un sueño.

*

En el S. S. Johan Van Oldenbarnevelt, el barco del viaje de ida, pirateó besos. O los recibió sin mostrar agradecimiento, que es lo mismo.

Pasado un año en sociedad digamos "normal", donde, por ejemplo, el pastor anglicano saludaba cordialmente incluso si a uno lo habían bautizado como católico español sin su permiso, cruzando otra vez el Atlántico, ya en el periplo de vuelta, otra vez se le apareció el fantasma de la necesidad: unos pantalones vaqueros, lo práctico; y las fotos dedicadas por mujeres a otros, lo absurdo, lo superfluo... Míseros amuletos embutidos en su maleta con los que afrontar los años hoscos, negros y largos en que debería sumergirse de nuevo.

El dominio del idioma no le sirvió para evitar el fracaso escolar en los estudios de filología inglesa en una universidad donde los buenos profesores se contaban con una sola mano y aún sobraban dedos; pero al final se reveló como la llave de